

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SE HA PERDIDO MUCHO TIEMPO

LA UNIDAD DE EUROPA

«Ha sido el realismo histórico el que me ha enseñado a ver que la unidad de Europa como sociedad no es un ideal, sino un hecho de muy vieja cotidianeidad. Ahora bien, una vez que se ha visto esto, la probabilidad de un Estado general se impone necesariamente. La ocasión que lleve súbitamente a término el proceso puede ser cualquiera: por ejemplo, la coleta de un chino que asome por los Urales, o bien, una sacudida del "gran magma" islámico.»

JOSE ORTEGA Y GASSET, 1937

La coleta del chino —o, lo que es más grave, el chino sin coleta— está ya presente; y mucho más acá que los Urales. El gran magma islámico no para de sacudirse y, lo que es más, sus sacudidas están sincronizadas y orientadas con finalidades bien claras para el que quiera ver. Parece que la formación de un «Estado general» europeo, postulada por Ortega desde «La rebelión de las masas» hace cuarenta y tres años como «única posibilidad» abierta a Europa, y con más precisión desde dos años antes de la Segunda Guerra Mundial, estaría a punto de suceder. Pero las noticias del periódico de hoy mismo prueban hasta qué punto lo único que parece tender a la unión europea, eso que se llama «los Nueve», está lejos de realizar ese Estado. ¿Qué digo de realizarlo? Ni siquiera de proponerlo, probablemente ni de desearlo.

He estado releendo estos días algunos viejos escritos míos. Por muchas razones, no suelo hacerlo —salvo en esta forma tan curiosa e irreal que es corregir pruebas de las reediciones. Cuando alguna vez lo tengo que hacer, siento varias sorpresas, que quizá un día valdría la pena analizar. He leído ahora, movido por los acontecimientos internacionales de estas últimas semanas, un ensayo de 1950, «El pensamiento europeo y la unidad de Europa» (incluido en «El intelectual y su mundo»), y otro de 1956 «Sobre Europa» (en «El oficio del pensamiento») y otro, «El proyecto de Europa», tres o cuatro años posterior (reimpreso en la primera edición de «Los Españoles»). Esta lectura me ha causado cierta vergüenza como europeo. ¿Cómo es posible que el Continente que ha acumulado más inteligencia durante un milenio —sin contar sus antecedentes, sus antepasados, legítimos grecorromanos—, haya podido dejar pasar tantos años sin realizar el esfuerzo creador necesario para salvar, a un tiempo, su seguridad y su porvenir?

¿Por qué no se ha hecho la unidad europea, mejor dicho —ya que la unidad existe desde hace siglos—, la Unión Europea? Dos son, a mi juicio, las razones capitales. La primera, que se ha planteado en términos «económicos», y lo económico, que es una condición absolutamente necesaria, «no inspira entusiasmos». Nada es más importante ni necesario que el aire respirable —si nos privan de él dos minutos, terminan todos nuestros

problemas—, pero nadie siente por él entusiasmo, nadie lo ve como «empresa». La ausencia de toda bandera europea que no sea la económica ha sido la causa de la frialdad, de la desgana, de la apatía con que se mira lo que podría ser la maravillosa ilusión colectiva de los europeos en la segunda mitad del siglo XX. La segunda razón es que la sazón de la unión europea en sentido estricto y exclusivo ya ha pasado; lo que pudo ser la empresa adecuada en 1930, en 1940, no lo es ya. La unión europea es necesaria, pero no suficiente, porque Europa no se basta ya a sí misma en ningún sentido. Y el europeísmo «exclusivo» —en rigor, exclusivista— es una actitud antieuropea, hecha a partes iguales de temor y resentimiento, que a nadie puede incitar y enardecer.

Los ministros de «los Nueve», reunidos en Copenhague, han expresado piadosos y apacibles sentimientos hacia todo el mundo. Han dicho, dentro de una larga enumeración, muy al final de la lista, que «los Nueve», que tradicionalmente mantienen con los países de América latina relaciones de amistad e intercambios de toda índole, se proponen desarrollar unas y otros». Han reconocido, como de pasada, que «actualmente no existe una alternativa a la seguridad que garantizan las armas nucleares de los Estados Unidos y la presencia de las Fuerzas de América del Norte de Europa».

Pero en toda la larga declaración no se incluye una sola vez la palabra «Occidente». Es decir, que «los Nueve» consideran que tienen «relaciones de amistad e intercambios» con Hispanoamérica (como con el resto del mundo, igualmente mencionado) y que su seguridad depende sin alternativa de los Estados Unidos; pero no se sienten «pertenecientes» —de esto se trata— a una unidad histórico-social superior, dentro de la cual tenga Europa su función y su verdadera realidad.

El que Europa no se sienta vinculada a América (a toda América, no sólo a los Estados Unidos) es el equivalente de la monstruosa torpeza histórica de que los hispanoamericanos olviden a Europa y busquen sus caminos históricos por esa insigne confusión interesada que se llama el «Tercer Mundo». En uno y en otro caso, se comete el peor de los pecados políticos: el desconocimiento de la realidad, que siempre se venga, inexorablemente, porque esa venganza procede de las cosas mismas, no de una voluntad que a última hora podría «desistir».

Se dirá que hay un grave problema perturbador: la escisión de Europa por el «telón de acero», el enajenamiento de una gran parte de Europa. Pero ya en mi artículo «El proyecto de Europa» advertía que el «telón de acero» —la mayor desgracia de la Europa moderna— hubiera podido «aprovecharse» y convertirse en una facilidad. «La unidad europea, si ha de ser real, tendrá que ser un proceso de "incorporación", y ésta es siempre gradual y progresiva, y procede por partes o estratos... Este podría ser el sentido positivo del «telón de acero»: el fruto que el hombre está obligado a sacar de "toda" situación,

por adversa que parezca. Sería imperdonable que Europa renunciase a su mitad oriental, pero más imperdonable aún que, en nombre de ella, dejase de llevar a cabo la incorporación efectiva de la Europa "accesible", facilitada por el apremio de esa misma escisión.» Y enumeraba, por otra parte, la diversidad de «proyectos nacionales» diversos sin los cuales no se puede hacer una unión articulada y dinámica, pedía la organización del «sistema de la admiración y la ejemplaridad», sin las cuales nada valioso puede hacerse en el mundo.

Y el otro ensayo, el de hace diecisiete años, terminaba proponiendo un mínimo «programa europeo», cuatro tareas apremiantes y sugestivas para Europa:

1. Superar el provincianismo, es decir, tomar posesión de sí misma; con otras palabras, y dando un nuevo sentido a una expresión tópica, hacer que los franceses, los italianos, los ingleses, los alemanes, los españoles, los suizos, los suecos, en lugar de ser europeos fragmentarios, ateniéndose a su país, sean «europeos ciento por ciento», haciendo refluir en cada una de sus naciones la sustancia entera de Europa.

2. Organizar lo que una vez he llamado el «patriotismo europeo», que no es «una mera realidad económica, o política, o cultural, ni una mera coincidencia de unidad histórica, sino una fuerza, una viva potencia actuante, que nos penetra, nos domina y nos mueve y conmueve, porque es una emoción, algo que afecta al alma y al cuerpo, que persuade y humedece los ojos, que enorgullece y provoca rubor, que tensa los músculos y estremece».

3. Buscar su personalidad histórica unitaria del único modo que ello es posible, en una biografía, hallando su papel propio «dentro de Occidente».

4. Inventar, desde la sociedad máxima que hoy existe y en la cual nos encontramos, el mundo occidental, formas históricas de «convivencia» —no de inerte «coexistencia»— con esos otros mundos que, queramos o no, nos guste o no, están ahí.

Se ha perdido mucho tiempo, y como se trata de tiempo histórico, quiere decir que se han perdido posibilidades imposibles de recuperar. Pero hay otras, y algunas, sin duda, han sido alumbradas en los dos últimos decenios. La Unión Europea está comprometida, porque da verdad no se le ha querido, ya que no se han querido sus condiciones, sus requisitos; pero no está perdida y todavía sigue siendo necesaria.

No me gusta exagerar las cosas, pero tengo la impresión de que en estos tres o cuatro años se van a jugar unas cuantas cartas decisivas. He hablado en otras ocasiones, con bastante detalle, de los Estados Unidos y de Hispanoamérica; habría que preguntarse con el mismo rigor por la situación del otro elemento, el originario, del mundo occidental: Europa.

Julián MARIAS

¿OTRA NUEVA EDAD MEDIA?

PENDIENTES DE UN HILO

PUEDA que, precisamente ahora, el libro de Roberto Vacca adquiere una oportunidad singular. Se titula «Medio Evo proximo venturo». Y digo que quizá sea más útil de lo previsto, porque los acontecimientos de las últimas semanas empiezan a crear extrañas confusiones, y el papel en cuestión serviría para disiparlas. El súbito clima de catastrofismo en que nos vemos metidos suele ser interpretado, en general, a través de unas cuantas anécdotas espasmódicas: la crisis energética —con los moros al fondo—, la inflación y alguna otra cosa por el estilo. Parecería que sólo se tratase de una mera desventura coyuntural, susceptible de remedios a la corta o a la larga. Un arreglo en el conflicto árabe-israelí nos devolvería el petróleo nuestro de cada día, por ejemplo, y todo tendería a ser como antes. Y un reajuste monetario, de prestidigitación financiera internacional, frenaría el desconcierto económico con sacrificios mínimos. Etcétera. La confianza en los recursos del tinglado tecnológico —y, claro está, el deseo de no privarnos de sus ventajas— nos induce a creer en soluciones prontas y afectuosas. Vacca había denunciado o diagnosticado otros males, distintos y más profundos, y, sobre todo, nada circunstanciales. Su tesis es que, por una fatalidad interna de sus estructuras, las sociedades superindustrializadas están condenadas al colapso, y que bastaría un accidente cualquiera para provocar la calamidad...

No me atrevo a ir más allá en la información: la mía de segunda mano, y me excuso de ello. No he logrado leer la obra aludida. Dejaré de lado, por consiguiente, el problema que, sin duda, Vacca intenta plantear: el de esa «nueva Edad Media» que está a la vuelta de la esquina, tras la hecatombe vaticinada. El hecho mismo de que emplee el término «Edad Media» ya se prestaría a más de una aprensión. Pero la premisa de sus meditaciones y de sus hipótesis sí entra en las posibilidades de un comentario razonable: al fin y al cabo, es de una evidencia bastante sólida. Nadie sabría negarla. El mundo en que vivimos, esa compleja civilización urbana —y «conurbante»— de tupida trama «tecnológica» tiene una entidad dramática precaria. El sistema de interrelaciones prácticas es tan denso

y a la vez tan sutil, que todo depende de todo. Una interrupción, una fractura, por insignificante que fuese, desencadenaría una serie de interrupciones y fracturas progresivas en multiplicada explosión. El proceso no podría ser controlado. No haría falta que los emires cerrasen absolutamente de grifo o que incendiasen numantamente sus pozos. Roberto Vacca sugiere una eventualidad más modesta: más «posible», en definitiva. Y eso es lo que merece atención, la escalofriada atención del ciudadano corriente. Olvidamos el riesgo sobre el que tenemos montadas nuestras pequeñas alegrías cotidianas, incluyendo el simple hecho de seguir con vida...

Un buen día —un mal día—, en los Estados Unidos, se produce un embrollo de circulación, pongamos que por la nieve, o por otra vicisitud cualquiera, y se retrasan los trenes y se dificultan las carreteras. Los empleados de un gran aeropuerto que han de entrar al trabajo no llegan al tiempo del relevo, y los del turno anterior aguantan en su sitio. Estos, con el agobio y la fatiga, flojean en sus funciones. Su descuido «permite» un choque de dos aviones. Los cuales caen sobre una línea eléctrica de alta tensión que alimenta a otras muchas. El resultado es un «black out» como el que años atrás sufrió Nueva York, pero este vez más drástico, y dura varios días. Se paran los ascensores, el metro, los electrodomésticos, las máquinas de las fábricas y de los hospitales. La gente se crispa, empieza a desesperarse. Los embotellamientos impiden el regreso a casa, y los teléfonos no resisten la carga de tanta alarma. Para mitigar el frío, alguien improvisa una hoguera en cualquier parte, y se provocan incendios, que los bomberos no consiguen sofocar, paralizados entre el tráfico paralizante. Se agotan las velas para mitigar la oscuridad. Y los alimentos. Los vecinos asaltan las tiendas. La violencia se impone, y cada cual saca el arma de fuego que tiene a su alcance —millones y millones— para agredir o defenderse. Partos y agonías quedan arrollados por la vorágine. Hay quien muere de frío y quien muere de hambre, y, naturalmente, mueren los que estaban a morir...

Será innecesario continuar. Vacca todavía añade al cuadro algunos rasgos depresivos. En

aquel cafarname, la autoridad se desvanece, y aunque el ejército toma el poder de emergencia, su ineficacia —o su inermidad— es total. Y luego, cuando llega a serenarse el asunto, multitud de cadáveres insepultos, en la ciudad y en el campo, propiciarán epidemias espantosas, comparables a la peste negra del siglo XIV... Es el dintel de la «Edad Media» augurada. ¿Exageración, desafortunadamente macabra? Es muy posible que no. Ciertamente, Vacca carga las tintas, a base de apretar las coincidencias. Pero eso, en última instancia, sólo sería una caricatura, que, al deformar la realidad, está lejos de traicionarla. Las infinitas «interdependencias» de que somos beneficiarios —y, por lo que se ve, víctimas—, al desentajarse, nos abandonarían a un estado increíblemente penoso. Los peligros saltan a la vista, de vez en cuando, en medio de las plácidas inercias todavía «controlables». Volvamos a recordar el apagón neoyorquino, ya famoso por sus consecuencias demográficas, y fue un episodio suave. Como suaves son las «redes» de una acumulación callejera de basuras, tras una huelga del ramo. Y Dios nos coja confesados, si por cualquier motivo la industria química deja de abastecer las farmacias. El «establishment», en estos casos, todavía cuenta con dispositivos de reacción o de suplencia. Pero ¿y si...?

Lo que importa, aquí, es el subrayado de la endeblez que caracteriza al conjunto de nuestras plataformas de supervivencia. Cabría reprocharle a este enfoque la desventaja con que prescinde de factores de fondo, no estrictamente «técnicos» o «tecnológicos». Habría mucho que hablar acerca de ello. Pero, en todo caso, su parte de verdad, su gran parte de verdad, no admite réplica. Propendemos a descartar a: es la táctica del avestruz. Tenemos la seguridad de que nada fallará, o de que los fallos más apreciables, a lo sumo, serán menores y subsanables sobre la marcha. Nadie nos garantiza tanto optimismo. Por lo menos, casi nadie se ha preocupado de alertarnos contra una euforia desproporcionada. Y si alguien lo hizo, se le recusó como aguafiestas. Bien mirado, las clásicas críticas a la «sociedad industrial» —y no digamos a la «super» o «post» industrial— han sido siempre proyectadas desde ángulos ideológicos: en nombre de principios so-

lemnes, éticos o estéticos. Sólo en tiempo muy reciente han prosperado las reservas y hasta las reticencias basadas en razones serias: la higiene, la salubridad en general. Esto ya significaba algo. Pero la polución del ambiente, los desastres ecológicos, el «surmenage» o el «stress», las neurosis, aún ofrecían la perspectiva de hallar alivio o enmienda mediante trucos en la propia tecnología, dispuesta a corregir sus errores o sus excesos. La «confianza» continuaba intacta. Hoy descubrimos el engaño: el autoengaño.

Lo vamos descubriendo, a medias. Es lo que apunté al principio: preferimos creer —¡creer!— que las contrariedades actuales si bien desarticulan el «equilibrio» a que estábamos acostumbrados, son cosa pasajera. Con todo, han servido para demostrar que el engranaje podía atascarse lúgubramente a la primera ocasión. En principio, nos limitamos a tomar nota del peligro. Le echamos la culpa a un cualquier «elemento» exterior: las presuntamente provisionales mermas de energía, los abusos o el desorden de la producción, la sinistra campechanía del dinero fácil, o lo que sea. Juntas o por separado, estas incidencias podrían suponer la chispa que haría estallar el artefacto: el equivalente de la casualidad inicial en la vistosa «historificación» de Roberto Vacca. Pero lo cierto es que el defecto reside en la estructura misma del «sistema». Conviene tenerlo presente. Y no para renunciar a las bondades de la tecnología. Son irrenunciables, y no hay alternativa, como no sea, no ya la Edad Media, sino la caverna o la selva. Parece que Vacca se inclina a imaginar el desmantelamiento de aquellas ventajas. ¿Será inevitable?... Una actitud frente al tema sería la de procurar un aplazamiento de la desgracia. Otra, más sensata, consistiría en ir buscando fórmulas de sustitución, que disminuyan los riesgos sin perjuicio de lo demás. Ignorar qué posibilidades habrá en este sentido: planificadas o no. En todo caso, ya sabemos de qué mal hemos de morir... Lo cual tampoco es un consuelo.

Joaquín FUSTER

NO SE ESTABLEZCA
sin antes pedir presupuesto para la instalación de su local, tienda o bar a YALEC, marca registrada.
Telef. 254 38 60. Crédito 24 meses.
Visite nuestra gran exposición en:
AVDA. DE ROMA, 115, junto Urgel.

CASA COSTA
«EL DEPORTE»
DE LA BARCELONETA
Felicitación a sus clientes y amigos las Fiestas de Navidad y les desea Feliz y próspero Año Nuevo.

VIGOR - ESBELTEZ - MEMORIA - TABACO
Forman parte de los cursillos de cinco sesiones, con técnicas en Gimnasia Sedentaria, para realizar en cualquier lugar y hora (trabajando, leyendo, caminando, etc.). Aprenda a respirar mejor, regulando sus fallos y olvidos de memoria. Oxigene sus células cerebrales y sus alveolos pulmonares para el plan Anti-tabaco y dejará de fumar. Informe sin compromiso y petición de hora. L.M.V. de 5 a 9. Tel. 211-99-81 (Atendemos recetas médicas)
Por escrito los de provincias: INSTITUTO DE MEDICINA AUXILIAR. Balmes, 436, 2.º, C BARCELONA

GABINETE NUMISMÁTICO
Calico
CLASIFICACION y VALORACION
de MONEDAS de COLECCION
Plaza del Angel, 2 y 3 - Barcelona-2